

EL SOLLOZO

En los suburbios de mi pequeña ciudad, hacia su lado occidental, hoy un pequeño y olvidado camino que se anda sin fatiga. Sombreado por altos eucaliptos y naranjos coposos, ofrece a los enamorados la paz que el amor necesita. Tras de recorrerlo un cuarto de hora en reposado caminar, hacia su borde derecho, desde donde se puede ver toda mi pequeña ciudad e ir reconociendo cada caso por el color de su tejado y cada iglesia por la elevación de sus torres, se alza, en el cordón verde-azulado de una cerca viva, un penco azul, de soberbias y gruesas hojas dentadas, casi siempre coronado de retorcidos y delgados chaguarqueros cubiertos de finas florecillas blancas, de estrechos pétalos esponjosos, sin belleza ni aroma. Al otro lado de esa cerca hay una larga zanja mandada a construir por un propietario celoso, de esos que no duermen al pensar que un chicuelo podría llevarse la cosecha de capulíes o los humildes quiques agridulces. En el invierno, cuando el fino polvo dorado que cubre el camino se transforma en un lodo tenaz, la zanja se llena de agua lluvia hasta un metro de altura y millones de jimbricos la habitan, haciendo que su fondo semeje una plaza concurrida por seres incansables. Poco a poco, a medida que crece un edad su estancamiento el agua va adquiriendo un color verde profundo y espeso, con burbujas. Cuando vuelve, con el verano, el polvo a cubrir el camino, el agua se reduce y la tierra la va absorbiendo lentamente, dejando, al final, una superficie verdusca que se resquebraja y se levanta en agosto, cuando se torna violento.

Allí, frente al robusto penco de las hojas azules, un día luminoso, ya lejano, se derribó la tranquilidad del aire, se estremeció de angustia mortal la clara luz del cielo, tornándose morada en plena tarde, en trance de arrancarse, de volverse hilachas, mientras un corazón infantil se encogía, aterido, indefenso, como una rana pequeñita escabulléndose de la muerte al fondo de un agujero suave, mientras un sollozo desesperado se adueñaba del alma del paisaje.

Tenía entonces yo ocho años y en la escuela de los Hermanos Cristianos aprendía ya el cálculo mental y la forma de caminar entre los vericuetos tortuosos de la gramática castellana. Sabía mi catecismo y no me equivocaba al hacer la lista de los continentes y los mares que cubren la tierra. A mi lado, compartiendo mi pupitre, se sentaba ese año un muchacho moreno, de ojos tristes y traje pobre, Juan Antonio Zúñiga. Muy rara vez iba con zapatos y en el desorden de su persona se adivinaba la falta de una mano solícita y amable que cuidase de su infancia. El muchacho pertenecía a una familia notable de la ciudad, era sobrino del doctor Pío Zúñiga, Ministro de la Corte y su tía María Luisa se había casado con uno de los Cáceres, la mejor familia de la República, la única que, por haberlo comprobado con documentos, tiene autorización del Obispo para rezar la salve cotidiana en esta forma: “Dios te salve María, prima y señora nuestra...” Cuando intimamos, Juan Antonio me contó que vivía en una casita pequeña, situada a orillas del río Malacatos, junto al estribo del Puente de las Monjas, en cuya puerta me había llamado

la atención el mirar casi siempre a un viejecito borracho, de hirsuta barba entrecana, sentado en el umbral, tejiendo sogas de cabuya. En mi tierra no hay cosa alguna oculta y así, so faltó quien me contara la historia del muchacho, historia turbia y angustiada, que me hizo cobrarle un afecto profundo, ese afecto con el que, inconscientemente, les queremos devolver su alegría a los que la han perdido por culpa del destino.

Tenía razón para tener tristes los ojos Juan Antonio Zúñiga. Su vida de muchacho no era como la mía, una vida cristalina, tibia, llena de encantadores y mimosos cuidados, en la que nada faltaba, desde la sonrisa maternal, el mejor y más puro pan de cada día, hasta la ruda caricia paterna, tan llena de hombridad. No era una infancia muelle, de muchacho rico, como la mía, en la que nunca faltaba nada y todos los deseos, por absurdos que fuesen, estaban satisfechos apenas formulados. Su infancia estaba llena de miseria y era hosca y huraña, llena de burdos y equívocos momentos, de vicio y de tragedia, de pobreza y de odio. El mismo, no era sino fruto de un entresijo doloroso de fracaso, de vicio y de tortura.

Es verdad que toda la familia Zúñiga es medianamente rica, pero hay una excepción relativamente poco conocida: la de don Lorenzo, el mayor, el primero de los Zúñigas, que, para la época de mi relato, debía tener unos cincuenta y seis años, aparentando sesenta; un hombrecillo vicioso, ebrio consuetudinario, de barba entrecana, a quien sus hermanos mantenían poco menos que oculto y que se pasaba a la puerta de su casita junto al estribo del Puente de las Monjas, con la botella de puro al alcance de la mano, tejiendo sogas de cabuya. Don Lorenzo no siempre fue así, hubo una época, ya lejana, en que tuyo de su propiedad la estancia “El Trigal”, en las vertientes orientales del Cajamarca, tierra fértil, de abundante cosecha, en la que enriqueció posteriormente don Zoilo Robles. Don Lorenzo, en esa época, era un hombre fuerte, guapo, trabajador, de esos campesinos altos y sencillos, de ruda voz y claro espíritu, que aman y odian a corazón abierto y que gustan de caminar por las calles calzados con gruesas botas de faena. El hubiese sido un hombre muy rico y respetado, acaso hasta Presidente del Ilustre Concejo, si la suerte no lo hubiese herido con un golpe brutal, de esos que arrebatan la razón de la vida. Tenía en esa época solamente veinte y cinco años y amaba a una muchacha rubia, de ojos sencillos y confiados, con la cual se casó. La amaba con uno de esos amores definitivos, que llenan todos los instantes de la vida, duran hasta más allá de la muerte y son la razón suprema de la existencia, del esfuerzo, de la alegría, del sueño y del trabajo. Cuando la tuvo para sí, creyó que nada le faltaba y se preparó a ser feliz largamente, como un patriarca bíblico, rodeado de su mujer, de su tierra y sus hijos, creciendo indefinidamente como los grandes cedros poderosos. Pero el hosco destino no lo quiso y la muchacha murió a los tres meses de matrimonio, víctima de una violenta pulmonía. Don Lorenzo, desesperado, se dio a beber, hasta que la palabra se le hizo vacilante, los ojos se le enrojecieron y un temblor permanente se le fijó en las manos. Entregado a su vicio con toda la fuerza con que antes se entregó a su amor, don Lorenzo malbarató su patrimonio, se vio obligado a vender “El Trigal” a don Zoilo Robles y sólo se quedó con la casita junto al estribo del Puente de las Monjas, gracias a que su hermano el doctor Pío lo colocó en interdicción judicial. Allí a la puerta de la casita, oyendo el correr del riachuelo cercano, tejía sogas de cabuya para poder comprar aguardiente y vivía de la caridad de sus hermanos.

Don Lorenzo, allá en su estancia, mientras bebía e iba perdiendo su clara humanidad y se iba olvidando de su muerte a medida que el alcohol y los años lo atravesaban y derrotaban, se dio a malvivir con una chola de las cercanías, que había ido a trabajar en “El Trigal” en calidad de hortelana y cocinera. La chola se llamaba Manuela Pimán, Y de su malvivir miserable, lleno de alcohol, de pena lejana y embrutecimiento diario, sin que nadie lo espere con alegría, sin una sola caricia que roce su pequeña cabeza inocente, nació mi compañero de escuela, Juan Antonio Zúñiga. Su vida comenzó así, mal. Miró a su padre hundirse más y más cada día y vio cómo su madre no sabía quererlo y se daba a su padre sin amor, tan solo porque era el patrón y el entregársele estaba entre sus obligaciones de hortelana, y porque le podía robar el escaso dinero mientras dormía, pesadamente, sus largas borracheras. Cuando hubo que vender la estancia para pagar antiguas deudas pequeñas, vueltas ya montañas por el descuido y el tiempo, la Manuela se quedó allí, para seguir viviendo con el nuevo dueño y don Lorenzo volvió a Loja, a su casita de cerca del Puente de las Monjas y se trajo al muchacho para que lo acompañase, mucho más en calidad de sirviente que de hijo.

Don Lorenzo no era ya un hombre, era tan sólo un pobre ser que bebía. Había reemplazado su amor, ese su viejo amor, tan fuerte y tan hermoso, por la botella, y no tenía norte alguno en la vida. Cuando se cansaba de tejer sus sogas de cabuya, conseguía dinero para aguardiente haciendo escándalos en casa de sus hermanos. Si trajo consigo al niño, no fue porque lo amase, sino porque necesitaba alguien que lo cuidara y lo sirviera y no tenía dinero para pagarse un sirviente. Debía sentir al muchacho muy poco hijo suyo, ya que solamente un hijo de su muerte pudo ser su hijo verdadero. Este niño era sólo una equivocación de carne borracha, de su antigua pena hundida en fango, tan sucia después de haber tenido tan limpia y humana claridad. El muchacho era para él la más notoria prueba de su degeneración y le dolía en el alma que su semilla, que no logró fructificar en la mujer amada sobre todas las cosas, hubiera ido a crecer y a ser fruto viviente en carne burda y despreciable, carne de india servicia, de perro infiel, ya cambiado de dueño.

En cambio, el muchacho lo amaba locamente, se agarraba a él como a una tabla de salvación en la vida, lo respetaba y lo miraba con unos largos ojos cariñosos que, a veces, lograban atravesar las pesadas brumas de su pobre y oscura consciencia de borracho, Entonces, lo miraba tiernamente, saliéndole a la pupila veteada de sangre una mirada límpida y paternal, como hubieran sido cada día sus mejores miradas al acariciar al hijo de su amor destrozado. Lentamente, sintiendo humedecerse los ojos cansados, sintiendo un remoto despertar en el alma deshecha, le pasaba por los cabellos las manos temblorosas y sucias. Los ojos tristes del muchacho se aclaraban y se hundían, con angustiada sed de amor, en esa pobre corriente de humanidad que quedaba en su padre. Y el muchacho llegó a estar pendiente de esos momentos, a hacerlos el único objeto de su pobre y pequeña vida triste. Pero eran muy raros. Por lo general, la rabia de haber ido a tener su hijo en una india hortelana, bestia de trabajo y placer, incapaz de amarlo ni de ser amada por él, la rabia de haber perdido a su mujer, tan grandemente amada, sin llegar a tener de ella, por lo menos, un hijo, se le transformaba a don Lorenzo en un odio terrible contra el pobre muchacho. Entonces lo pegaba, lo sacaba de la casa a puntapiés,

obligándolo a dormir fuera, en la calle, tiritando junto a la puerta cerrada. Y le gritaba, a voz en cuello, un voz ronca, aguardentosa, innoble, “hijo de perra, fuera de mi casa”.

Fue la señorita Baltasara, la hermana solterona de don Lorenzo, la que se compadeció del muchacho y lo mandó a la escuela. Allí hube de conocerlo y desde entonces estoy unido a él por entrañable amistad. Era tímido y tembloroso, a pesar de que su rudo vivir, sin delicadeza ni cuidado, lo había hecho físicamente fuerte. Pero estaba eternamente cohibido y su pena interior era tan grande que tenía un constante temblorcillo en las manos y una voz humilde, como la de quien quiere hacerse perdonar su presencia, sintiéndose incómodo e inoportuno en todo sitio. Su cabeza morena era simpática, llena de inteligencia y sus ojos, grandes y tristes, lejanos, con un fondo de sueño y de inconsciencia tan antiguo como la antigua raza de su madre. Era un cholo, un cholito soñador, aterrorizado y lleno, al mismo tiempo, de una amor rabioso por su padre. De su madre no hablaba nunca. Entiendo que no la amaba, que estaba muy lejos de sentirla fuente de su vida. Es verdad que la chola nunca lo miró como hijo. Era un cachorro importuno que le había dejado el patrón y que le molestaba y si podía llegar a tener, alguna vez, utilidad, sería si el patrón se muriese, para ver si, haciéndolo reconocer, se podía heredar alguna cosa. Por eso, si una mirada tierna llegó a la pobre alma del muchacho, fue la mirada del padre, en los raros momentos en que sentía la sangre del hijo palpitar cercana a su sangre de hombre destrozado.

Llegamos a quererlo mucho, a pesar de que estaba tan mal vestido, a pesar de que iba descalzo, a pesar de que la tacaña señorita Baltasara, para desquitarle la comida y los útiles escolares, lo mandaba algunos domingos a vender empanadas por las calles. Era un muchacho sencillito y triste y solamente se encolerizaba cuando alguien se refería a su padre. Muchos chicos, con esa crueldad brutal de la infancia, le gritaban “hijo de perra”, pero a él aquello no le dolía ni importaba. Pero si, en cambio, le gritaban: “hijo del viejo chispo”, la ira le encendía la cara y arremetía, ciegamente, a puñetazos y patadas contra el provocador. Como alumno era bueno. Nunca se equivocaba en lecciones ni deberes, era lo que se dice un alumno distinguido, pero los Queridos Hermanitos no lo colocaban en los primeros puestos de clase porque sabían su origen y hubiese sido un escándalo que en la Escuela Episcopal obtuviese un puesto destacado el hijo de un viejo borracho y una india hortelana ignorante y malvivida. Esta injusticia permanente no le importó nunca a Juan Antonio. Él vivía pendiente de la tragedia de su padre y en su soledad de muchacho pobre, gozaba haciéndose altos e ingenuos castillos en el aire.

Hay algunos instantes que a despecho de su brevedad, presiden nuestra existencia, dándole el signo amargo o dulce bajo el que desenvolverá todas sus horas. Cuando el instante decisivo se produce límpido y amable, no importa que luego, en ya cansado tiempo, nos hiera la tristeza y nos doble la sombra. El tono general de nuestra vida, presidido por el instante amable, es un tono de alegría siempre renaciente, tierno fénix propicio volviendo a vivir de nuestras más totales y aciagas cenizas. En cambio, si el instante definitivo devino turbio y triste, sin en vez de tibio rayo de luz reconfortante, lo que hirió para siempre nuestra pobre alma íntima fue negra sombra, nunca más el júbilo podrá ser dueño de nosotros por entero y, aún cuando la vida se muestre luego tolerante y, acaso, hasta llena de preferencias para nosotros, toda alegría estará viciada en su

comienzo, pues el instante definitivo, el supremo momento, dio tono negativo a nuestro latir fundamental y un perenne regusto de agriedad estará presente en la sonrisa, en el impulso cálido y en el sueño tibio. Creo que mi vida está presidida por un instante amable y para ello me fundo en que nunca me ha dominado por completo el desaliento y en que tengo en mí mismo una cantidad insospechada de rincones en donde refugiarme cuando la tristeza me acorrala y agobia. En cambio, Juan Antonio no logró el momento amable para estrella de sus pasos. Turbio, negro, encapotado y ansioso fue su instante supremo y él lo vivió frente a ese pencho azul, de grandes hojas bordeadas por robustas espinas que domina la cerca del pequeño camino tranquilo. Allí se alzó ante él un minuto terrible e inacabable y ya sus ojos no podrán escapar a su visión aterradora ni cuando, en plena entrega, una mujer profundamente amada se sitúe a su lado y escuche su palabra y, más adelante, en el precioso tiempo en que ya no son necesarias las palabras, ponga sus dulces venas a latir con las suyas. Ni entonces podrá olvidar el instante supremo. Viajará por la vida con ese momento de sombra atado al pie de su alma, cadena pesada e inarrancable que hará de su vivir una condena larga, cruel, dictada por injusto juez desconocido.

En los últimos años, cuando presentía cercano el fin de su camino, don Lorenzo se fue alarmando, tornándose arisco, acosado por visiones inquietantes, sintiendo que terribles seres lo visitaban por las noches, acercando a su cuello garras implacables que lo llevaban hasta la asfixia, mientras su cabello se erizaba, presa del pánico que moja las sienes de sudor de ultratumba y apaga la voz tras el primer grito, dejando helada la sangre de quienes lo escucha. Este terror se fue contagiando poco a poco al muchacho y en la escuela, muchas veces, durante la clase, dominado por su preocupación incesante, se me acercaba al oído para relatarme las terribles visitas que hacían a su padre los fantasmas. Yo no llegaba a creerlas como él las creía y, lentamente, me fue convenciendo de que el pobre don Lorenzo, de tanto beber se había vuelto loco y sufría al pensar lo que podría pasarle a Juan Antonio una noche cualquiera, indefenso en las manos del maniático. Precisamente en esos días oí contar a un visitante en mi casa que en cierta ciudad un loco, creyendo hacer una broma a su amigo, que lo velaba por las noches y que, fatalmente, se había quedado dormido, le cortó la cabeza y se la escondió, preparándose a gozar la sorpresa del día siguiente, cuando el amigo se despertase y encontrándose sin cabeza, comenzara a buscarla. Yo no pude contenerme y le conté este caso, pidiéndole de favor que no durmiese en la habitación de su padre. Pero él me tranquilizó, explicándome que su padre no estaba loco, sino que, en verdad, muchas visiones se acercaban a atormentarlo mientras dormía y aún cuando se abrazaba a él, presionándolo contra su corazón hasta casi quebrarle el respiro, como si el estrecharse a ese su puro retoño, su sangre renacida, purificada de dolor y de vicio, fuese la única posible fuente de su calma, tan ambicionada por él y tan mal buscada en el alcohol e cada día.

La verdad es que el delirium tremens había hecho presa en don Lorenzo. Nada podría ya salvarlo. Los acontecimientos fueron agravándose más y más cada día. El viejo estaba atormentado por la visión continua del demonio. Ferviente cristiano, había pensado mucho en su Dios y se había sentido abandonado por El, castigado duramente por su mano de hierro. Y había encontrado injusto su castigo. Dado al alcohol y hundido en el fango hasta el cuello, fue perdiendo la rebeldía contra Dios, la que le llenó el alma cuando perdió su amada eterna y se le oscureció el mundo para siempre. Comenzó a encontrar justa la sentencia divina y, desesperado de hallar misericordia, atormentado por visiones infernales, confió únicamente en su hijo para la salvación de su alma. Estaba seguro de que esa pequeña vida tan pura y tan sufrida, nacida de la suya, que era retoño de su dolor, crecida sin conocer el amor ni la caricia, era la última probabilidad que Dios le daba para llegar al reino de los justos, donde estaba su amada lejana, cuyo rostro casi había olvidado. El diablo lo esperaba a la vuelta de todas las esquinas, agazapado, para saltarle al cuello. Daba escalofríos oírlo relatar cómo saltaban sobre él, con los negros brazos extendidos y las garras filudas prestas a aferrarse a su cuello. Instintivamente, lanzando terribles alaridos, se daba a la fuga, sintiendo el aliento infernal quemarle la nuca. Un día, emprendida la carrera terrible, se encontró a su hijo y se abrazó a él, buscando en el pequeño una protección contra el terror que lo seguía. Tan pronto como tuvo la tierna carne de su hijo entre los brazos y vio sus ojos limpios, animados de tan grande amor, llenos de lágrimas y susto, prendidos en los suyos, la terrible visión desapareció como por encanto y renació la calma en su espíritu. Desde entonces, Juan Antonio era su mejor protección, mejor que la cruz, mejor que la sombra de los templos, mejor que el tenderse en tierra con los brazos abiertos y la cara al sol. Después, para su desgracia, la cosa fue variando. Ya el pequeño no podía protegerlo y la única salvación era introducir los pies en el agua. Pero el delirio fue complicándose y, muy luego, no bastaba con introducir los pies, sino que era necesario tenderse en la charca o en el río y sumergir rápidamente la cabeza. Cuando la sacaba, ya el demonio había desaparecido. Pero si la terrible visión lo asaltaba cuando ninguna corriente de agua estaba a su alcance, entonces volvía a abrazarse a su hijo, pues, si bien los demonios no desaparecían, en presencia del niño no se atrevían a tocarlo.

La más agotadora inquietud se adueñó del ánimo de Juan Antonio, pendiente siempre del delirio de su padre, temeroso de que en su extraña evolución se produjese algún terrible suceso irreparable. Ya le era imposible atender a clase y se pasaba acechando, como si su oído fuese a percibir el grito de su padre, acosado de terribles visiones. Un día estando en el recreo oímos un aterrador alarido, algo así como si la muerte tangible, materializada, siguiese a un hombre y estuviese ya a un palmo de su cuerpo, en trance de alcanzarlo. Es difícil que quien no escuchó ese grito pueda comprender lo terrible, lo hondo que fue, cómo estaba salido de las más horrorizadas entrañas, corroídas de un viejo pánico, nacido de toda la sangre, de las venas más lejanas y pequeñas, del esqueleto oculto bajo la carne, bajo la sangre, tras la última y más pequeña raicilla de nervio. En ese grito estaba expresado el más profundo y humano terror. Todos nos quedamos pálidos e inmóviles, mirando como Juan Antonio corría hacia el alto portalón de la escuela, por el que entraba, a toda carrera, un hombre de rostro enrojecido y labios hinchados, con la cabellera erizada, sí, materialmente erizada, los cabellos entrecanos manteniéndose erectos sobre una cabeza atónita y desesperada. Estaba vestido de

harapos y cubierto de fango hasta el mismo rostro. Con el grito terrible llenándole los labios, ya casi estertor agónico en la garganta, ese hombre enloquecido se precipitó hacia Juan Antonio y se agarró a su cuerpo como el que se está ahogando se agarra al salvavidas. Desesperadamente, como si quisiese absorberlo, fundirlo con su cuerpo aterrorizado, le hundía las uñas en la espalda y le apegaba, violentamente, su rostro enrojecido por la llama oculta del alcohol. El muchacho perdió el equilibrio y cayeron al suelo, confundidos en un solo ser. El anciano estaba cubierto del verde lógamo de las charcas y de sus labios choreaba una baba continua, epiléptica casi, de fuerte olor aguardentoso. Violentas convulsiones lo agitaba, al principio de manera incesante, luego, más espaciadas, hasta que lo ganó una extraña calma, gradualmente, mientras los ojos llorosos del muchacho se llenaban de lágrimas. Cuando se clamó por completo, lanzando pesados quejidos, se levantó y besó al niño en la frente con un agradecimiento profundo, el agradecimiento que se tiene al que nos ha salvado la vida.

Nosotros miramos la terrible escena mudos de sorpresa. Gracias a ella fuimos comprendiendo lo que era la vida atormentada de ese pequeño muchacho moreno y llenándonos de piedad para con él. Pero, desde ese día, Juan Antonio no volvió a la escuela. Los Hermanos Cristianos no lo dejaron. Cuando le preguntamos la razón a nuestro maestro, nos dijo que a un niño así no se le podía conservar en la escuela, y el Padre Salazar, nuestro confesor, fue de igual opinión. Varias madres de familia, recatadas, cristianas y caritativas se presentaron en el despacho del Hermano Director a pedir la expulsión de ese muchacho producto del más infame vicio, para que sus hijitos no estuviesen expuestos a los malos ejemplos que entrañaría la repetición de terribles escenas como la que ya habíamos presenciado. Los Hermanitos se reprocharon profundamente por no haberlo expulsado antes y no vacilaron en hacerlo inmediatamente. Yo fui a rogarle a mamá que interviniera, pues ella me había mostrado mucha simpatía por Juan Antonio siempre que yo hablaba de él en casa. Pero mamá me explicó que sería imposible convencer a aquellas señoras para que depusiesen su actitud, ya que ellas nunca comprenderían lo que era para ese muchacho el amor al padre y lo que iba a afectarle el que por él lo echasen de la escuela. Desde entonces, Juan Antonio nos huía. Si lo alcanzábamos a ver en alguna calle, avergonzado, desaparecía a todo correr. Ya no nos fue posible hablar con él, hacerle presente nuestra simpatía. Lo habían alejado definitivamente de nosotros.

Y se fue acercando el día en que sucedió aquello, tras el gran pencho de robustas hojas azules, de dentados filos. Desde entonces, la planta ha crecido macollando en el centro de diez mil hijuelos, poderosa. Y ello ha sucedido porque Dios le manda que haga sombra, negra, espesa, impenetrable sombra sobre el sitio en que sucede lo que un día miró un niño y del sollozo que cruzó entonces este aire tan fino. Es hermoso el recorrer por la tarde el pequeño camino, de amable quietud, donde la sombra nos ahorra el cansancio, e ir sintiendo a cada paso, a cada respiro, la finura del aire, lo dulce de su aliento suave, trayendo hacia nosotros la frescura de la tarde, como si nos diera, generoso, un manjar muy deseado o, mejor, la sabia caricia necesaria que pide nuestra frente a las manos de la mujer amada. Y este aire, este mismo, se cortó aquel día, resquebrajándose como la dulce leche blanca cuando se exprime sobre ella el jugo de un limón. El ácido penetra rompiendo la continuidad blanca y armoniosa y produce una serie de grumos

endurecidos, mientras un líquido azulenco flota, desasosegado y vergonzoso, donde antes todo era oleaginosa y tibia superficie blanca. Esto sucedió con el aire aquel día. Y la tranquila hojarasca de los árboles, entonces más pequeños, se movió con un temblor de angustia desconocida, mientras el sollozo fracasaba en los labios del niño y se extendía hacia toda la amplitud de la tarde. Todo el pequeño valle se encogió, estremecido, mientras el niño se acurrucaba, pequeñito, doblado por el peso de la más grande montaña y su sollozo, entrecortado, creciendo en estremecimiento continuo, se iba de su alma y hendía el aire y lo desgajaba en grumos, en girones, aterciopelados, un tibio resplandor pardusco y descolorido, como el suero que flota en la leche cuajada.

Y es que un día don Lorenzo no tornó a su casa. Generalmente, Juan Antonio, desde que lo expulsaron de la escuela, no se separaba de él sino el estricto tiempo necesario para ir a traerle la comida desde la casa de la señorita Baltasara, lo que hacía en una gran portavianda blanca de hierro enlozado. La vieja señora se había afectado mucho con la expulsión del muchacho y, desde entonces, le testimoniaba un cariño especial, algo de lo que ella hubiese dado - de lo mucho, de lo infinito que ella hubiese dado - a su hijo, al hijo que hubiese tenido si, en sus ya lejanos días juveniles, un guapo mozo la hubiese mirado con amor a los ojos, enlazado rudamente la delgada cintura y besado en la boca. Aquel día terrible, cuando Juan Antonio regresó a la casita de junto al estribo del Puente de las Monjas, llevando penosamente la pesada portavianda repleta, don Lorenzo no estaba. El muchacho palideció intensamente, sintiendo que el corazón se le encogía en el pecho, hacia adentro, como buscando un refugio. La señorita Baltasara le había detenido con sus recientes cariños de solterona sentimental. Una ausencia de una hora a lo más, una hora que iba a dolerle a lo largo e toda la vida. En esos días ya era una imprudencia muy grave abandonar a don Lorenzo, aunque sea por un minuto. Su delirio había evolucionado a una fase extrema, a los linderos mismos de la muerte: el viejo creía indispensable para salvarse del implacable demonio que lo perseguía, el sumergir la cabeza en el agua fangosa. Si en tal circunstancia -y esto era lo que Juan Antonio temía- le acometía un vahido o un desmayo, la muerte por asfixia no se haría esperar.

Y, cómo lo buscó! Sin cesar, por todas partes.

- No han visto a papá?- preguntaba, con la voz ansiosa y acesante.
- Cómo no, cómo no, por ahí va, junto creo que... -era, en todas las calles, la respuesta.

El diálogo, idéntico, se repetía en todas las esquinas y el muchacho corría de un barrio a otro, desesperado, temblándole el cuerpo y con un loco deseo de llorar, para dejar escapar la terrible opresión del pecho, incansable y heridora. Parecía que el viejo, poseído de angustia delirante, tras de recorrer toda la ciudad en herranza de terrible agonía, hubiese desaparecido. Juan Antonio salió al campo. En búsqueda febril recorrió todos los

pequeños senderos que unen las heredades a la carretera. La noche iba acercándose y dentro de sí mismo le crecía un frío intenso e implacable. Era como si un hielo fluido, hecho de aguas finas, lastimante, circulase en sus venas. Ya a las cinco y media de la tarde se entró por el pequeño sendero tranquilo, desde donde es posible dominar toda la ciudad a través de la cerca flanqueada por fragantes arbolillos jóvenes. Muchas veces había recorrido este camino, aprovechando su silencio y su sombra para repasar las largas lecciones escolares. Siempre le trajo una sensación de calma, de bienestar solícito y piadoso. Acaso por ello, inconscientemente, lo dejó ese día para el último. El pequeño camino era su amigo y en él ninguna dolorosa sorpresa podía estar acechándolo. Si su padre se encontraba en él, lo hallaría dormido tranquilamente bajo la sombra amiga y fragante de los pequeños árboles.

Pero cuando llegó frente al gran penco azul -entonces aun pequeño, tanto, que permitía mirar la zanja llena de verde légamo y agua espesa, podrida, poblada de múltiples pequeños bichos repugnantes-, se quedó paralizado, abiertos los ojos todo lo posible, casi hasta saltarse de las órbitas aterrorizadas, incapaz de llorar ni de moverse, como si un golpe, dado con mano férrea e implacable, le hubiese quebrado el espinazo del alma, dejándolo blando e inarticulado como si fuera un muñeco relleno de paja. Pero, lejos de su voluntad y el control de su consciencia, venido desde el remoto fondo animal de la vida, le subió a la garganta un sollozo entrecortado y bronco, que le rasgaba el pecho con la crueldad de un cuchillo sin filo y que, al rebasar los labios, se hacía un solo ininterrumpido grito delgado y filudo que subía a través de la luz tibia de la tarde y hería el júbilo todo del paisaje, precipitando en gris su luz dorada, descendiendo en tempestad, en angustia y grumos aterrados por el vallecito encogido en un tiritar súbito. Como recorre el suero la superficie trémula de la leche cuajada.

Allí los encontraron. El viejo había muerto al hundir su cabeza en el agua podrida de la zanja. La asfixia había sobrevenido súbita, libertándolo para siempre de sus visiones pavorosas. Estaba tendido de bruces contra el blando y viscoso fondo de la zanja y en él se había hundido profundamente su rostro. El lodo le había cerrado los ojos con la perfección amorosa de una mano; sus pobres manos sufridas y llagadas, se habían engarabitado furiosamente contra ese lodo cordial y piadoso, como se agarraron un día -muchos días- a la espalda cordial de su pobre hijo triste. Al mirarlas allí, hundiadas, como si se cogiesen a algo, se tenía la seguridad de que habían querido agarrarse desesperadamente a las esquivas puertas de la vida.

Al otro lado de la zanja, separada tan sólo por el gran penco del cuerpo de su padre, tendido en igual postura contra el suelo, estaba el muchacho. Tenía los ojos fuertemente cerrados, los labios entreabiertos y en las mejillas la huella de las lágrimas secas, un huella igual a la que dejan las gotas de lluvia en los cristales de las ventanas bajas. Parecía muerto. Solamente en sus labios -único vestigio de vida-, ya enronquecido y tenue, pero sin arrancarse, como una larga cinta que se desenrollase sin término, seguía saliendo el sollozo....